



# Tradición y ruptura en tres pintores regionales o los des-tiempos de la MODERNIDAD LOCAL<sup>1</sup>

Manuel Osorio Velasco / *Angelus campesino* (detalle) / 1975 / óleo sobre tela / 12 x 16"

Recibido: 15-08-2022  
Aceptado: 09-09-2022

Otto Rosales Cárdenas<sup>2</sup>  
Universidad de Los Andes, Núcleo Táchira, Venezuela  
Grupo de investigación Bordes  
ottorosca@gmail.com

**Resumen:** El artículo explora la compleja relación entre tradición y modernidad en el contexto venezolano, particularmente en las regiones andinas. La tradición, lejos de ser un obstáculo para el cambio, puede ser una fuente de renovación y resistencia frente a los desafíos de la globalización y la modernidad impuesta. A través de las obras de Octavio Paz, J.M. Briceño Guerrero y Arturo Uslar Pietri, se analiza cómo la tradición puede ser reinterpretada y revitalizada. La tradición no es una simple nostalgia del pasado, sino una fuerza dinámica que puede ofrecer nuevas perspectivas y soluciones a los problemas actuales, especialmente en la obra de los pintores tachirenses Manuel Osorio Velasco (1911- 1988), Valentín Hernández (1925-2002) y Diego Sarmiento (1956). Se destaca la importancia de reconocer y valorar la diversidad cultural de Venezuela, especialmente en las regiones fronterizas. La mezcla de culturas y tradiciones ha dado lugar a una rica y compleja identidad nacional que debe ser preservada y promovida. La búsqueda de una identidad venezolana auténtica implica una constante negociación entre la tradición y la modernidad. Es necesario encontrar un equilibrio entre la preservación de las raíces culturales y la adaptación a los cambios del mundo contemporáneo.

**Palabras claves:** Tradición; modernidad; identidad; cultura popular.

---

1. Ponencia presentada en el XIII Seminario Bordes: Madre tierra. Capas, frutos, agua, minerales y otros elementos primigenios. Celebrado los días 8 al 10 de septiembre del 2022 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira-Venezuela. Disponible en: <https://youtu.be/MDxZF0QAidk>

2. Doctor en Ciencias Humanas (ULA), Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA), Antropólogo y Sociólogo (UCV). Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8109-8182>

## Tradition and rupture in three regional painters or the un-times of local modernity

**Abstract:** This article explores the complex relationship between tradition and modernity in the Venezuelan context, particularly in the Andean regions. Tradition, far from being an obstacle to change, can be a source of renewal and resistance to the challenges of globalization and imposed modernity. Through the works of Octavio Paz, J.M. Briceño Guerrero and Arturo Uslar Pietri, we analyze how tradition can be reinterpreted and revitalized. Tradition is not a simple nostalgia for the past, but a dynamic force that can offer new perspectives and solutions to current problems, especially in the work of Táchira painters Manuel Osorio Velasco (1911-1988), Valentin Hernández (1925-2002) and Diego Sarmiento (1956). The text highlights the importance of recognizing and valuing Venezuela's cultural diversity, especially in the border regions. The mixture of cultures and traditions has given rise to a rich and complex national identity that must be preserved and promoted. The search for an authentic Venezuelan identity involves a constant negotiation between tradition and modernity. It is necessary to find a balance between the preservation of cultural roots and the adaptation to the changes of the contemporary world.

**Keywords:** Tradition; modernity; identity; popular culture.

El término tradición en el discurso social es polémico. Polemiza con otros iguales o parecidos que también dan cuenta de la importancia de mantener casi sin modificar la vida social de amplios sujetos en cualquier sociedad. Pareciera que el término más que ayudar a los cambios, paraliza su dinámica propia y se vuelve sinónimo de conservadurismo al pretender siempre mirar la tradición en lo inamovible de las costumbres humanas. Sí, y no, diría un sujeto moderno. Sí, porque sin tradición se puede perder el rastro que nos permite mirarnos en los trayectos construidos por la vida. Reconocernos en los hechos, costumbres o acontecimientos permeados por la técnica o el arte o en nuestras narrativas que nos dan sentido y valor a cada uno de nuestros actos de existencia. No, porque peligrosamente nos puede activar el mito de la Gorgona que petrifica con el nudo de la nostalgia o melancolía nuestros rastros y nuevos avances por hacer.

Planteado el dilema, ¿qué nos queda a los venezolanos y específicamente a los andinos de fronteras como mirarnos en o ante ella? Sabemos de ella y además por extraña costumbre folclórica, confundimos este tiempo rápido y acelerado con nuestra fragilidad cultural actual.

Así las cosas, casi al romper los rostros asombrados entre tradición y ruptura, ¿por dónde iniciar este diálogo casi de sordos que tenemos los venezolanos con el resto del mundo?

La sociedad Latinoamericana y en particular la venezolana pasa por un período entre tradición y cultura, ya vislumbrado en agudos pensadores como Octavio Paz, J. M. Briceño Guerrero y Arturo Uslar Pietri. En Paz, por ejemplo, la tradición recuperando una nueva lectura, la observa como un vivir, “una vuelta de los tiempos: no una revolución sino, en el antiguo y más profundo sentido de la palabra, una revuelta.

Un regreso al origen que es, asimismo, un volver al principio [...] resurrección de realidades enterradas, reaparición de lo olvidado y reprimido que, como otras veces en la historia puede desembocar en una regeneración. Las vueltas al origen son casi siempre revueltas: renovaciones, renacimiento” (Octavio Paz. Obras completas I: 2014, p. 693)

Nos encontramos en un tiempo donde la imagen de lo humano se ha visto achatada, perdida, acorralada por el temor atómico que nos brindan los sindicatos del crimen entronizados en el poder de los gobiernos imperiales, que tiranizan amplios sectores a escala mundial. ¿Ante qué revuelta estamos hoy? Cuando enfrentamos a un medio ambiente recalentado por el consumo desmedido y despiadado que se hace de energías de origen fósil, casi como construir una manera de vivir, destruye modos de vida cónsonos con otras maneras cercanas a la naturaleza golpeada por ese derroche masivo.

Estamos mirando con pasmosa docilidad la antigua ilusión de vivir en una guerra permanente contra unas inmensas mayorías despojadas, exiliadas y depauperadas por un establecimiento que invierte en tecnología bélica de punta para masacrar pueblos agricultores, pacíficos, fronterizos: porque lo que vale es el lucro desmedido de esas élites de terror.

Enfrentamos una nueva revuelta, donde la ética, eje de nuestras acciones, reclama un temple mayor en nuestra memoria afectiva por estar mirando “para atrás” y no mirar el horizonte de guerra que padecemos.

Ahí aparece esta imagen de Manuel Osorio Velasco (1911-1988), con sus campesinos sin dar el rostro a sus verdugos. Rostros que no quieren mirar este presente, porque aun de espaldas se dan por enterados de una modernidad que no queremos enfrentar; que cuesta mirar de frente ante su rápido vuelo por destruir todo lo que encuentra a su paso, con la condición de estar a la moda con su efímera existencia.

La modernidad que vivimos debe irse construyendo con formas y maneras mestizas, mezcladas o combinadas, que cuestan tanto a un pensamiento único como el occidental que impone una racionalidad de lujo y beneficio; desechando otras formas y modales que permiten asumir como ceremonias novedosas, o mejor, estéticas que se encuentran vivas en la cultura popular y superan con creces esa manera chabacana y vulgar de la imposición, para renovar en un Barroco Popular esa mezcla que



Manuel Osorio Velasco  
Añoranza de la aldea / 1982  
óleo sobre tela / 44 x 139 cm

combina y produce unas estéticas mestizas, que se transforman y amplían una religiosidad de la gente sencilla, analfabeta, campesina, marginal, ¡oh divina y amada María Lionza!, hasta en una bachata de amor, donde un pez travieso recupera al dios eros y lo vuelve canto, cuerpo sinuoso, serpenteante ante el vulgar reggaetón colonizador de maltratos verbales que ocultan nuestro cuerpo ancestral. Bailes comparsas y ritmos que nos definen como un continente singular y una región fronteriza particular que danza ante las adversidades.

Pero, Briceño Guerrero viene en auxilio nuestro, para ahondar, mirar y salir de este “arroz con mango” que nos quieren endilgar en nuestras vidas y entonces vuelva a fuetearnos con una idea corrosiva, deliciosamente rebelde: hay que aceptar lo que somos, sin pena ni vergüenza. Así como occidente mira como “bárbaros” a los que no han pasado por lo que ellos han sido, nosotros sin barbarizarnos, no tenemos por qué avergonzarnos por lo que somos, por lo que vamos andando, por lo que vamos haciendo en este continente mestizo. Un continente multicolor: negro, blanco, “café con leche”; para ir perfilando esos rostros alados como sirenas marinas salidas de nuestros ríos y quebradas, pozos y manantiales, que Valentín Hernández (1925-2002) esculpe o nos enrostra buscando “no esa identidad roñosa, hueca y sin sentido de las piedras”, sino a la memoria amorosa y grácil de nuestros cuerpos desencarnados del fastidio industrial o militar, vuelto sirenas, cuerpos alados, nubes desmotadas, con los que enfrentamos a esta modernidad difusa, confusa y malsana.



Valentin Hernández  
*Al espectador*  
1995  
óleo sobre lienzo  
100 x 120 cm

Briceño Guerrero no quiere irse sin soltar esta reflexión: “si yo tuviera que darle un nombre al hombre, no diría eso de –zoon politokom- que podría aplicarse también a sociedades de insectos, y tampoco eso de –homo faber-, ni todas esas cosas que se han inventado. Yo diría más bien que es un –homo migran- es decir, que lo característico del hombre, para mí como cosa central, es que migra, hasta donde se sabe, el hombre surgió, la hominización se produjo en África y desde allí, el hombre ha migrado a todas partes del mundo” (El alma común de las Américas, 1983).

Mirar, irse, “salir a la carrera”, como dice el pueblo llano, el “pata en el suelo”, el nadie, como el personaje heroico que se llama “nadie”, sin nombre, para burlar a quienes lo niegan. Una migración forzada vivimos en la sociedad venezolana, “la ilusión del progreso”, la bonanza petrolera se ha evaporado y fue dejando solo dolor y lágrimas. El petróleo llegó para reinar por más de cuatro décadas en el modo de vida de amplios sectores del país. Pero no imaginamos que viviríamos de la noche a la mañana una dramática migración. Un drama que ha polarizado a todos los sectores. Si antes el dinero inyectado desde fuera a la economía periférica dependiente, la hacía aparentemente próspera, amplios sectores quedaron afuera del círculo de beneficios.

Si bien es “verdad”, y la verdad puede soportar unas comillas, la bonanza ayudó a superar males parciales, modernizó una economía de puertos, pero no modernizó a otros sectores. La bonanza ayudó, pero corrompió nuestra manera sencilla de vivir. Y no es para volver a llorar sobre el valle de lágrimas, mil veces lanzado al viento. La sociedad y las élites políticas, en salto mortal, no invirtió donde tenía que hacerlo; en una educación científica y ambiental de calidad. Siguió gastando y derrochando a manos llenas para volvernos unos arrogantes parásitos del estado filantrópico, como llamó Octavio Paz al estado mexicano: avisador y devorador de amplios sectores de la sociedad.

Así, durante décadas iluminados, descocados y ciegos, botamos la casa por la ventana. Y las élites políticas se corrompieron y pervirtieron a banqueros, comerciantes, tirios y troyanos, gordos y flacos, feos y bellos. Y el país creyó que vivíamos en el reino de la belleza, de los concursos, de los viajes. Y el país casi se hunde en ese juego macabro. Para ir saltando del cauce ético, llegó a ser un barco a la deriva, ya no recibiendo migrantes de origen italiano, o español, o japonés, o colombiano o..., y salimos a rebuscarnos porque la clase media que se había estabilizado en los servicios, con cualquier digna profesión se hartó y se fue a buscar otros horizontes de “progreso”.

Y como todo tiene su final, y como viviendo un western a lo Hollywood, la élite política “se quebró ante el estiércol del diablo”.



Valentín Hernández  
Sin título / 1988  
lápiz sobre papel  
35 x 25 cm

Se dejó llevar, comprar, deshilar, en tanto que otros sectores pedían invertir en una nueva estrategia para producir tecnologías que coadyuvaran en una nueva sociedad, más democrática, más participativa, más inclusiva. Distanciándonos de ese estado filantrópico que tanto daño nos había hecho.

Pero “venimos de la noche y hacia la noche vamos”, nos dice el poeta migrante Vicente Gerbasi. Una “noche” que debe devolvernos la luz, el viento, el aire, la tierra fecunda, para recrearnos, para fecundarnos y renacer, la necesaria poesía de la vida, “venimos de la noche [...]” negra y tenebrosa de la corrupción y debemos caminar hacia la luz que nos propone una ética del vivir bien con poco, como lo enseñaron los abuelos de siempre. “Ir hacia la noche”, no había la oscuridad del terror y de la guerra, hacia la senda del camino del arte de vivir mezclando y asumir una ética nómada que rompa y supere esa maldición de los Buendía que en Cien años de soledad no tenían más esperanza sino esperar la próxima guerra. Y allí Diego Sarmiento (1956) nos devuelve con sus obras, donde la imagen recupera el mito y el mito nos narra lo que siempre no queremos oír. “no solo de pan vive el hombre” o mejor aún “el que siembra tormentas recoge tempestades”. Si queremos superar estos momentos en que todo parece tocar fondo, tenemos que volver al hilo que vamos zurciendo día a día.



Diego Sarmiento  
Sin título / 2001  
mixta sobre cartón  
100 x 122 cm

Superponiendo el bienestar al lujo de vivir, construyendo una sociedad raigalmente en valores nómadas, gráciles, abiertos. Las obras de Diego Sarmiento nos pueden ayudar a ir leyendo el mito de la vida cotidiana, mezclando nuestras narrativas con ilusiones, mezclando la ética con la estética para aprender a tener gusto y no disgusto ante la vida.

Producir y construir una sociedad como una tela que se sobrepone y se superpone, que mire el pasado, viva el futuro en un presente, en movimiento. No como una recta final del éxito, sin llegar al extremo de dejarlo todo al azar y la necesidad, sino asumiendo ese movimiento pendular de nuestro cuerpo sensual caribeño, como una sirena que canta y ríe para no ahogarse en una burbuja de pesares.

Tal vez en estos tres artistas plásticos tachirenses, regionales, hay una visión para mirarnos de otra manera, de superar la culpa echada al que viene atrás, o al otro que dejó algo por hacer, o al que impuso su criterio y echó todo por la borda; el que arrea la fatalidad y permite volver a mirar un horizonte ético y estético por construir y superar aquella ruina que alguna vez nos pintó Pablo Picasso en su Guernica, aquel hombre roto, incompleto, arruinado por la guerra. Despedazado, destruido, descuartizado. Un hombre latinoamericano amoroso y rebelde contra las instituciones que se dicen “democráticas”, pero no son sino un sitio para descasar y dormir la burocracia.

El arte de estos tres autores nos lleva a buscar una nueva reflexión, cuando estamos a las puertas de una “vuelta a la patria”, donde el regreso nos devuelva una memoria amorosa, adonde esa mezcla nos ayude a superar esa paranoia de creer que sin la holganza que nos dio el rey petróleo, no somos capaces de vivir sembrando la esperanza de vivir con poco.

Tres autores, tres miradas, que nos ayudan a superar ese “hombre vuelto un objeto para sí mismo y de horror para el medio” (Las lanzas coloradas, 1931, p.73), como nos definió alguna vez Arturo Uslar Pietri. Para avanzar, cual sabio Tiresias, entre el placer y el deseo de vivir, sin la sombra de la guerra o del exterminio, pero con la luz, el viento, la tierra, el aliento, de estar en el borde, de superar este destierro de los cien años, con la esperanza de vivir en la pequeña Venecia, a la amada Venezuela, superando la distopía de un país que saboreamos con el placer de Adán, como hijos de la mar: a la intemperie, pero libres.



Diego Sarmiento  
Diana / 2001  
pintura-collage  
47,5 x 42 cm

## Referencias

- Briceño Guerrero, Manuel (2014). *El alma común de las Américas* [1983]. FUNDECEN. Mérida, Venezuela.
- Gerbasí, Vicente (1986). *Obra Poética*. Biblioteca Ayacucho, 122. Caracas, Venezuela.
- Paz, Octavio (2014). *Obras completas, I*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Uslar Pietri, Arturo (1931). *Las lanzas coloradas*. Editorial Zeus. Madrid, España.



Diego Sarmiento  
El camaleón de los secretos  
2000  
Pintura-ensamblaje  
185 x 122 x 45 cm